

...y al punto se despidió de él, y volvió a Valladolid con otras
...y al punto se despidió de él, y volvió a Valladolid con otras
...y al punto se despidió de él, y volvió a Valladolid con otras

EL CASAMIENTO ENGAÑOSO

Salía del hospital de la Resurreccion, que está en Valladolid, fue-
ra de la puerta del Campo, un soldado que por servirle su espada de
báculo, y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su rostro,
mostraba bien claro que, aunque no era tiempo muy caluroso, debía
de haber sudado en veinte dias todo el humor que quizá granjeó en
una hora.

Iba haciendo pinitos, y dando traspies como convaleciente; y al
entrar por la puerta de la ciudad, vió que hácia él venia un su ami-
go, á quien no habia visto en más de seis meses, el cual santiguán-
dose, como si viera alguna mala vision, llegándose á él le dijo:

—¿Qué es esto, señor alferez Campuzano? ¿Es posible que está
vuesa merced en esta tierra? ¡Como quien soy, que le hacia en Flán-
des, ántes terciando allá la pica, que arrastrando aquí la espada!
¿Qué color, qué flaqueza es esa?

—A lo si estoy en esta tierra, ó no, señor licenciado Peralta, el
verme en ella le responde: á las demas preguntas no tengo que de-
cir, sino que salgo de aquel hospital de saludar catorce cargas de
bubas que me echó á cuestras una mujer que escogí por mia, que no
debiera.

EL CASAMIENTO ENGAÑOSO

Salía del hospital de la Resurreccion, que está en Valladolid, fue-
ra de la puerta del Campo, un soldado que por servirle su espada de
báculo, y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su rostro,
mostraba bien claro que, aunque no era tiempo muy caluroso, debía
de haber sudado en veinte dias todo el humor que quizá granjeó en
una hora.

Iba haciendo pinitos, y dando traspies como convaleciente; y al
entrar por la puerta de la ciudad, vió que hácia él venia un su ami-
go, á quien no habia visto en más de seis meses, el cual santiguán-
dose, como si viera alguna mala vision, llegándose á él le dijo:

—¿Qué es esto, señor alferez Campuzano? ¿Es posible que está
vuesa merced en esta tierra? ¡Como quien soy, que le hacia en Flán-
des, ántes terciando allá la pica, que arrastrando aquí la espada!
¿Qué color, qué flaqueza es esa?

A lo cual respondió Campuzano:
—A lo si estoy en esta tierra, ó no, señor licenciado Peralta, el
verme en ella le responde: á las demas preguntas no tengo que de-
cir, sino que salgo de aquel hospital de saludar catorce cargas de
bubas que me echó á cuestras una mujer que escogí por mia, que no
debiera.

—Luego ¿casóse vuesa merced?—replicó Peralta.

—Si, señor,—respondió Campuzano.

—Sería por amores,—dijo Peralta,—y tales casamientos traen consigo aparejada la ejecucion del arrepentimiento.

—No sabré decir si fué por amores,—respondió—el alferez, aunque sabré afirmar que fué por dolores, pues de mi casamiento ó cansamiento, saqué tantos en el cuerpo y en el alma, que los del cuerpo para entretenerlos me cuestan cuarenta sudores, y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera; pero porque no estoy para tener largas pláticas en la calle, vuesa merced me perdone, que otro dia con más comodidad le daré cuenta de mis sucesos, que son los más nuevos y peregrinos que vuesa merced habrá oido en todos los dias de su vida.

—No ha de ser así,—dijo el licenciado,—sino que quiero que venga conmigo á mi posada, y allí harémos penitencia juntos, que la olla es muy de enfermo; y aunque está tasada para dos, un pastel suplirá con mi criado, y si la convalecencia lo sufre, unas lonjas de jamon de Rute nos harán la salva, y sobre todo la buena voluntad con que la ofrezco, no sólo esta vez, sino todas las que vuesa merced quisiere.

Agradecióselo Campuzano, y aceptó el convite y los ofrecimientos.

Fueron á San Lorenzo, oyeron misa, llevóle Peralta á su casa, dióle lo prometido, y ofreciósele de nuevo, y pidióle en acabando de comer le contase los sucesos que tanto le habia encarecido.

No se hizo de rogar Campuzano, ántes comenzó á decir desta manera:

—Bien se acordará vuesa merced, señor licenciada Peralta, como yo hacia en esta ciudad camarada con el capitan Pedro de Herrera, que ahora está en Flándes.

—Bien me recuerdo,—respondió Peralta.

—Pues un dia,—prosiguió Campuzano,—que acabamos de comer en aquella posada de la Solana, donde viviamos, entraron dos mujeres de gentil parecer con dos criadas; la una se puso á hablar con el capitan en pié, arrimados á una ventana, y la otra se sentó en una silla junto á mí, derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver

el rostro más de aquello que concedia la raridad del manto; y aunque le supliqué por cortesía me hiciese merced de descubrirse, no fué posible acabarlo con ella, cosa que me encendió más el deseo de verle; y para acrecentarle más, ó ya fuese de industria, ó acaso, sacó la señora una blanca mano, con muy buenas sortijas; estaba yo entonces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores á fuer de soldado, y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podia matar en el aire; con todo esto le rogué que se descubriese.

A lo que ella me respondió:

—No seais importuno, casa tengo, haced á un paje que me siga, que aunque soy más honrada de lo que me promete esta respuesta, todavía á trueco de ver si responde vuestra gallardía, holgaré de que me veais más despacio.

Beséle las manos por la grande merced que me hacia, en pago de la cual le prometí montes de oro.

Acabó el capitan su plática. Ellas se fueron; siguiólas un criado mio.

Dijome el capitan que lo que la dama le queria era que le llevase unas cartas á Flándes á otro capitan, que decia ser su primo, aunque él sabia que no era sino su galan.

Yo quedé abrasado con las manos de nieve que habia, visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y así otro dia, guiándome mi criado, dióseme libre entrada.

Hallé una casa muy bien aderezada, y una mujer de hasta treinta años, á quien conocí por las manos; no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podia enamorar comunicada, porque tenia un tono de habla tan suave, que se entraba por los oidos en el alma.

Pasé con ella luengos y amorosos coloquios; blasoné, hendi, rajé, ofrecí, prometí y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bienquisto con ella; pero como ella estaba hecha á oír semejantes ó mayores ofrecimientos y razones, parecia que les daba atento oido, ántes que crédito alguno.

Finalmente, nuestra plática se pasó en flores cuatro dias que continué en visitalla, sin que llegase á coger el fruto que deseaba; en el

tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos: servíala una moza más taimada que simple; finalmente, tratando mis amores como soldado, que está vispera de mudar, apuré á mi señora doña Estefanía de Caicedo (que éste es el nombre de la que así me tiene), y respondiome:

—Señor alférez Campuzano, simplicidad sería, si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa; pecadora he sido, y áun ahora lo soy; pero no de manera que los vecinos me murmuren, ni los apartados me noten; ni de mis padres ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto vale el menaje de mi casa, bien validos, dos mil quinientos ducados; y éstos en cosas, que puestas en almoneda, lo que se tardare en ponella, se tardará en convertirse en dinero; con esta hacienda busco marido á quien entregarme y á quien tener obediencia; á quien juntamente con la enmienda de mi vida, le entregaré una increíble solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene príncipe cocinero más goloso, ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que le sé dar yo, cuando mostrando ser casera, me quiero poner á ello; sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala; en efecto sé mandar, y sé hacer que me obedezcan; no desperdicio nada, y allego mucho; mi real no vale ménos, sino mucho más, cuando se gasta por mi orden; la ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lencerros; estos pulgares y los de mis criadas la hilaron, y si pudiera tejerse en casa, se tejiera; digo estas alabanzas mías, porque no acarrear vituperio, cuando es forzosa la necesidad de decirlas; finalmente quiero decir, que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galan que me sirva y me vitupere; si vuesa merced gustáre de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente, sujeta á todo aquello que vuesa merced ordenáre, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes.

Yo, que tenía entónces el juicio no en la cabeza, sino en los cañales, haciendoseme el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginacion le pintaba, y ofreciendoseme tan á la vista la canti-

dad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto que me tenía echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo casi por milagro tal compañera para hacerla señora de mi voluntad y de mi hacienda, que no era tan poca, que no valiese con aquella cadena que traía al cuello, y con otras joyuelas que tenía en casa, y con deshaerme de algunas galas de soldado, más de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural, y adonde tenía algunas raíces, hacienda tal, que sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podia dar una vida alegre y descansada: en resolución, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió traza como los dos hiciésemos informacion de solteros, y en los tres dias de fiesta, que vinieron luégo juntos en una pascua, se hicieron las amonestaciones, y al cuarto dia nos desposamos, hallándose presentes al desposorio dos amigos míos, y un mancebo que ella dijo ser primo suyo, á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habian sido todas las que hasta entónces á mi nueva esposa habia dado, con intencion tan torcida y traidora que la quiero callar, porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesion, que no pueden dejar de decirse: mudó mi criado el baúl de la posada á casa de mi mujer: encerré en él delante della mi magnífica cadena: mostréle otras tres ó cuatro, si no tan grandes, de mejor hechura, con otros tres ó cuatro cintillos de diversas suertes: hícele patentes mis galas y mis plumas, y entreguéle para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenía.

Seis dias gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico: pisé ricas alfombras, ajé sábanas de Holanda, alumbréme con candeleros de plata, almorzaba en la cama, levantábame á las once, comía á las doce, y á las dos sesteaba en el estrado; bailábanme doña Estefanía y la moza el agua delante; mi mozo, que hasta allí le habia conocido perezoso y lerdo, se habia vuelto un corzo; el rato que doña Estefanía faltaba de mi lado, la habian de hallar en la cocina toda solícita en ordenar guisados que

me despertasen el gusto y me avivasen el apetito; mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, segun olian, bañados en la agua de ángeles y de azahar, que sobre ellos se deramaba.

Pasáronse estos dias volando, como se pasan los años que están debajo de la jurisdiccion del tiempo; en los cuales dias por verme tan regalado y tan bien servido, iba mudando en buena la mala intencion con que aquel negocio habia comenzado: al cabo de los cuales, una mañana (que aún estaba con doña Estefanía en la cama) llamaron con grandes golpes á la puerta de la calle.

Asomóse la moza á la ventana, y quitándose al momento, dijo: —¡Oh, que sea ella la bien venida! ¿Han visto y cómo ha venido más presto de lo que escribió el otro dia?

—¿Quién es la que ha venido, moza?—le pregunté.

—¿Quién?—respondió ella,—es mi señora doña Clementa Bueso, y viene con ella el señor D. Lope Melendez de Almdarez, con otros dos criados, y Hortigosa, la dueña que llevó consigo.

—Corre, moza, bien haya yo, y ábreles,—dijo á este punto doña Estefanía;—y vos, señor, por mi amor, que no os alboroteis ni respondais por mí á ninguna cosa que contra mí oyéredes.

—Pues ¿quién ha de decir cosa que os ofenda, y más estando yo delante? decidme qué gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida.

—No tengo lugar de responderos,—dijo doña Estefanía;—sólo sabed que todo lo que aquí pasáre es fingido, y que tira á cierto designio y efecto que despues sabréis.

Y aunque quisiera replicarle á esto, no me dió lugar la señora doña Clementa Bueso, que se entró en la sala, vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo y con la misma guarnicion, sombrero con plumas verdes, blancas y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del rostro. Entró con ella el señor D. Lope Melendez de Almdarez, no ménos bizarro que ricamente vestido de camino.

La dueña Hortigosa fué la primera que habló, diciendo:

—¡Jesus! ¿Qué es esto? ¡Ocupado el lecho de mi señora doña Cle-

menta, y más con ocupacion de hombre! milagros veo hoy en esta casa: á fe que se ha ido bien del pié á la mano la señora doña Estefanía, fiada en la amistad de mi señora.

—Yo te lo prometo, Hortigosa,—replicó doña Clementa;—pero yo, yo me tengo la culpa: ¡que jamás escarmiente yo en tomar amigas, que no lo saben ser sino es cuando les viene á cuento!

A todo lo cual respondió doña Estefanía:

—No reciba vuesa merced pesadumbre, mi señora doña Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio ve lo que ve en esta su casa, que cuando lo sepa, yo sé que quedará disculpada y vuesa merced sin ninguna queja.

En esto ya me habia puesto yo en calzas y en jubon, y tomándome doña Estefanía por la mano, me llevó á otro aposento, y allí me dijo que aquella su amiga queria hacer una burla á aquel don Lope que venía con ella, con quien pretendia casarse, y que la burla era darle á entender que aquella casa y cuanto estaba en ella era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote; y que hecho el casamiento, se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el D. Lope la tenía, y luégo se me volverá lo que es mio, y no se le tendrá á mal á ella ni otra mujer alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste.

Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que queria hacer, y que primero se mirase bien en ello, porque despues podria ser tener necesidad de valerse de la justicia para cobrar su hacienda.

Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á doña Clementa, aún en cosas de más importancia, que mal de mi grado y con remordimiento de mi juicio hube de condescender con el gusto de doña Estefanía, asegurándome ella que solos ocho dias podia durar el embuste, los cuales estariamos en casa de otra amiga suya.

Acabámonos de vestir ella y yo, y luégo entrándose á despedir de la señora doña Clementa Bueso y del señor don Lope Melendez de Almdarez, hizo á mi criado que se cargase el baúl, y que la siquiese, á quien yo tambien seguí, sin despedirme de nadie.